

## CAPÍTULO 9: LA LLAVE.

---

A pesar del susto de la noche anterior, Mónica y Juanan se levantaron descansados. Acudieron al comedor, donde se encontraban todos los demás, menos a Sonia y Adrià.

—Buenos días, chicos. ¿Qué tal habéis dormido? — preguntó Juanan, bostezando.

—Bueno, ni tan mal, después del susto de anoche... Tenemos una mala noticia. ¿Tenáis los móviles aquí? Parece que lo de Sonia no fue una pesadilla, nos hemos levantado y han robado los móviles que estaban cargando aquí —explicó Elvira.

En ese momento, Juanan salió corriendo de vuelta a su habitación para comprobar si les faltaba algo.

—¡Hostia! ¿Qué dices? ¿A quién se lo han robado? — preguntó Mónica.

—Pues en principio a Adrià, Sonia, Teresa y a mi Adolfo — respondió la chica rubia—. De hecho, Sonia y Adrià han decidido que se vienen de vuelta con nosotros. Entre que ella

sigue acojonada y que él se ha mosqueado con lo del móvil, dicen que se les han quitado las ganas de campo.

—Joder, normal. ¿Sonia está mejor?

—Pues, la verdad, no mucho, Mónica. Nos ha dicho que cuando te despertases fueses a verla.

—Ay, pues voy ahora mismo. Elvira, Adolfo, ¿vosotros cuándo os vais entonces?

—Pues mi Adolfo está acabando de desayunar, pero cuando termine nos vamos a bajar los cuatro de vuelta para coger el bus de las tres a Granada.

—¿Voláis a Londres hoy? —preguntó Juanan, que había vuelto de la habitación más calmado—. Por cierto, mi móvil y mi cámara están en mi habitación, así que a nosotros no nos falta nada.

—¡Qué bien! Imagínate el miedo de pensar que habían entrado en vuestra habitación mientras dormíais... No, volamos mañana por la tarde, que no queríamos ir con prisas.

Teresa se puso en pie tras acabar su desayuno y se dirigió al fregadero para limpiar el vaso. En el camino, se acercó a Marta y Gabi, que estaban acabando de desayunar en la puerta, mientras Marta fumaba.

—Marta, Gabi, tanto que os reáis de mí porque se me había roto el móvil y mira, gracias a mi móvil roto, no le han robado el móvil a otro. Me he sacrificado por vosotros, ¡qué buena amiga soy! —bromeó Teresa.

—Vaya morro tienes... Anda, tira, buena amiga. Vamos a recoger las cosas que luego somos nosotros tres los últimos — propuso Gabi.

Mientras el resto seguían charlando y recogiendo, Mónica fue a la habitación de Sonia y Adri.

—A ver, Sonia, que yo no te digo que no tengas razón, pero es una tontería que os vayáis...

—Mónica, que no. Con lo de los móviles os habéis convencido todos de que el tío ese había entrado a robar, pero estoy segura de que si Teresa no abre la puerta a tiempo, me hace algo. Yo paso, vosotros sabréis lo que hacéis, pero

nosotros nos vamos porque como me quede no voy a volver a dormir tranquila. Además, Adri necesita estar comunicado para el trabajo...

—Bueno, pero si es por eso, ¡le decimos a Juanan que le deje el móvil y listo!

—No, no. Preferimos irnos, Mónica. De verdad, no te preocupes. Es que ya tenemos el susto en el cuerpo y mejor nos vamos —replicó Adri, apoyando a Sonia mientras le ponía un brazo en el hombro.

—Vale, no insisto más. De todas formas, si cambiáis de idea, nos avisáis, que Juanan, Manuel y Vicky siguen teniendo móviles.

—Ya te digo yo que no cambio de idea...

—Bueno, voy a desayunar. Ahora os veo.

Mónica se dirigió al salón, donde Elvira, Juanan y Adolfo estaban sentados mientras el resto acababan de preparar sus cosas.

—Nada, no hay manera. Dicen que prefieren irse, así que si van a estar nerviosos...

—Pues ya está, es normal que estén así. Entre el susto de Sonia y lo del móvil de Adri, ya me dirás... —afirmó Elvira.

—Sí, está claro. A mí se me queda mal cuerpo, la verdad.

—¿Mal cuerpo de qué, Mónica? ¿Alguien necesita una médico sexy? —preguntó Vicky, que salio seguida de Javi con las mochilas al hombro.

—No, que me da cosa lo de anoche. Si Sonia está así es por algo...

—Calla, que a mí luego me pareció ver algo por la ventana y me cagué viva.

—Era un bicho —explicó Javi, convencido.

—Claro, ya fue a hablar el que ni se levantó de la cama...

—Qué sí, coño. Cuando yo me acosté también lo vi y parecía como un perro o un zorro —se defendió el muchacho.

—Sí, un hipopótamo con tutú... —le respondió la joven, con sorna.

—Bueno, no hay que pensarlo más ni darle más importancia. No es la primera vez que nos roban en una excursión de estas. ¿O tengo que recordaros cuando nos robaron las botas y nos

quedamos todas, mamarrachas nosotras, descalzas en el monte?  
—rememoró Gabi, que acababa de salir, seguido de Teresa y Marta.

—También es verdad... Al menos ahora no vamos a tener que pasar la vergüenza de explicarle a la Guardia Civil que nos habían robado todas las botas y por eso íbamos por los Pirineos descalzos —dijo Teresa, riéndose.

En ese momento, Sonia y Adri salieron con sus mochilas y se reunieron con el resto.

—Bueno chicos, nosotros nos vamos con Adolfo y Elvira, que pasamos de rollos. Bastante susto tenemos ya en el cuerpo... —se despidió Adri

—Pasadlo bien y tened mucho cuidado, ¿vale? Y escribidnos cuando podáis... —pidió la muchacha, nerviosa por dejar a sus amigos.

—Vosotros estad tranquilos y cuando estéis en Granada nos avisáis —respondió Mónica, dándole a los dos un abrazo y despidiéndose también de Elvira y Adolfo—. Y vosotros, cuando lleguéis al aeropuerto mañana, también nos escribís.

—Vale mamá, yo te aviso con cada cambio de medio de transporte —bromeó Elvira—. Venga, pasadlo bien y haz muchas fotos Juanan, que luego me entere de lo que habéis hecho.

Tras retirar la mesa que habían utilizado para atrancar la puerta, todos salieron al exterior de la casa con sus mochilas. Javi, que había sido el último en salir, estaba a punto de cerrar la puerta cuando Vicky, se lanzó sobre la puerta, gritando:

—¡La llave! ¿La ha cogido alguien? —preguntó al ver que la llave no estaba en la cerradura.

—Estaba puesta anoche... —recordó Juanan.

Javi, Juanan y Vicky, extrañados, comenzaron a buscar la llave por el salón de la casa sin éxito. Vicky, convencida de que alguien había tenido que guardársela en el pantalón sin darse cuenta, pidió a sus amigos que comprobaran si estaba en sus habitaciones.

A los pocos minutos, Juanan bajaba las escaleras discutiendo con Mónica, extrañado. Llevaba en una mano la llave, y en la otra al payaso Stinky, que había encontrado tirado bajo la cama.

—Juanan, te la guardarías sin darte cuenta...

—Que no, coño, que estoy seguro de que la coloqué en la cerradura...

—Pues estaba dentro de tu pantalón, como no la metiese el señor que entró a robar... —replicó la muchacha pelirroja, con la voz cargada de ironía.

—O el puto payaso... —contestó Juanan, malhumorado

—Bueno, el caso es que ya la hemos encontrado. ¿De dónde sale el muñecajo? ¿No estaba en el columpio de la calle? —interrumpió Vicky, tratando de cortar la discusión.

—Pues eso hemos dicho nosotros, que algún gracioso lo ha vuelto a meter en casa y estaba debajo de nuestra cama...

—Ay, Mónica, qué miedo por favor. Mételo en algún sitio que no lo veamos, que ya me está dando mal rollo —pidió Vicky.

Mónica, entre divertida y algo temerosa, metió a Stinky en uno de los muebles de la cocina.

—Venga, que el último cierre al salir —ordenó Javi, saliendo el primero de casa.



Juanan, visiblemente molesto y extrañado, cerró de un portazo, echó la llave, y se la dio a Mónica, que salía la última tras guardar a Stinky en el mueble:

—Guárdala tú, no vaya a perderla otra vez.

—Pero si yo soy más desordenada que tú...

—Bueno, pues que la guarde otro —dijo, tendiéndosela a Javi, que la cogió y la guardó en su bolsillo.

Tras volver a despedirse de los cuatro amigos que se marchaban, el resto del grupo comenzó a caminar. Mientras Elvira, Adolfo, Sonia y Adri empezaron a descender en dirección al pueblo.

—¿Cuánto andamos hoy, Javi? —preguntó Gabi desde el final de la línea de a dos que habían formado.

—Nada, dos o tres kilómetros —respondió el joven, riéndose.

—Éste se cree que soy imbécil y me va a engañar como ayer —le dijo el primero a Teresa, que caminaba a su lado—. ¡Pues en tres kilómetros me siento y no me muevo, ya aviso! —

amenazó en voz alta, para asegurarse de que los primeros del grupo lo escuchaban.

Unos minutos después, todo el grupo continuaba caminando a buen ritmo. Tras los primeros pasos, la mayoría ya iban charlando y riendo tranquilamente, siguiendo a Javi y Manuel que caminaban los primeros. Juanan era el único que, de cuando en cuando, se quedaba unos pasos atrás para aprovechar y hacer alguna foto de los paisajes de la sierra que van descubriendo, o de los animalillos que salen a su paso.

Mientras, en la casa, el mueble de la cocina se había abierto con un sonoro chirrido. En su interior ya no había rastro de Stinky...